

maestros y alumnos, no se ha hecho presente en un proyecto de Ley que consagra su participación pero solamente a nivel de principios.

4) A pesar de que la Ley introduce elementos que benefician a la clase trabajadora, las organizaciones que representan a esta clase, prescindiendo de su signo político, no se han manifestado en torno al Proyecto de Ley.

b) **Ausencia de temas**

Desde nuestro punto de vista y sin ninguna pretensión de agotar el universo temático, queremos destacar la ausencia de ciertos temas:

1) Está ausente en la opinión nacional la confrontación en torno a la finalidad de la Ley: ¿Qué educación verdaderamente reclama el país, de acuerdo a sus necesidades? ¿Cómo se concibe ese instrumento legal que es una Ley de Educación?

2) Está ausente del debate, con alguna rara excepción personal, el análisis de la factibilidad de la Ley, desde el punto de vista económico, técnico y humano.

No basta la sola consagración de la obligatoriedad de la educación básica de nueve años. No basta el exigir el nivel superior para el ejercicio de la función docente. No basta consagrar la igualdad de todos en el disfrute de un servicio. No bastan, en general, bellos principios declarativos si no se instrumenta su implementación.

Se debían de haber discutido a nivel nacional las metas concretas que se esperaban alcanzar y los recursos humanos, técnicos y económicos necesarios para alcanzarlos efectivamente.

3) Apenas se ha discutido superficialmente el tema de la tensión entre la supervisión fiscalizadora del estado y la creatividad de los grupos sociales. Un estado burocrático y fiscalizador, como el contemplado, puede ahogar cualquier iniciativa.

4) Está ausente el problema de las contradicciones internas del mismo proyecto, como el principio de la regionalización frente al tremendo centralismo que supone el sistema real que se esconde detrás de la ley, el principio de flexibilidad frente a la rigidez y fiscalización de los aspectos más mínimos del proceso educativo, el carácter nuevamente declarativo de algunos principios fundamentales y el excesivo detallismo de las reivindicaciones gremiales.

Hemos querido con este artículo pulsar cuál ha sido la respuesta nacional frente al Proyecto de Ley, recorriendo los comentarios que hasta el momento de la redacción de estas líneas han aparecido en la prensa. En oportunidades sucesivas trataremos de desarrollar más detalladamente aspectos particulares de la Ley que consideramos de importancia.

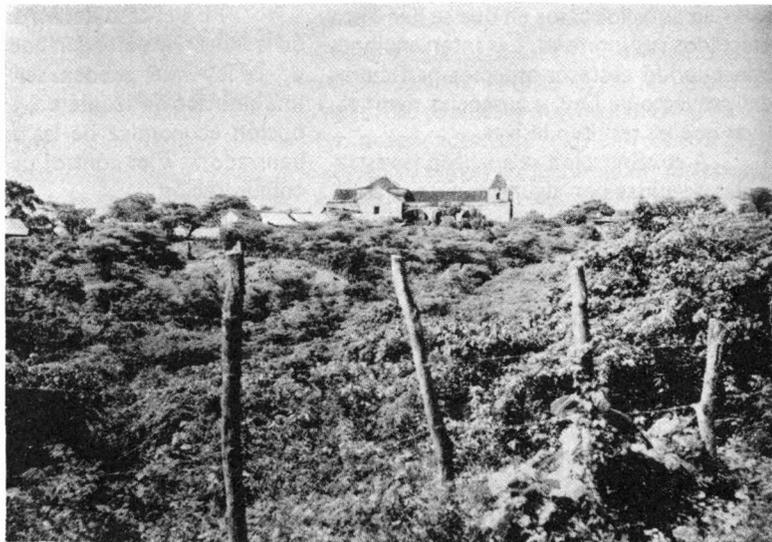
PEDRO TRIGO

EL OSARIO DE DIOS

El osario de Dios es el cajón del Unare. De eso viene escribiendo Alfredo Armas Alfonso desde el año 49, y todo parece volcarlo en este libro singular. Veinte años de amorosa cacería, de empecinado acoso a contrapelo del tiempo para repoblar lo que guerras, hambres y epidemias dejaron en puros huesos que aventó la ciudad. En los años en que al decir de Uslar Pietri pasábamos de una a otra Venezuela, de la magra siembra al despilfarro petrolero, de la sed al espejismo, este venezolano empecinado emprendía el viaje inverso y regresaba a la tierra a sostener la esperanza de los que quedaron y a suscitar la memoria como alimento entrañable para crecer desde dentro, para reconocernos y poder elegir más allá del objeto que brilla y las conveniencias del vendedor. Sus libros son lastre para no andarnos por las nubes a merced del viento. Son libros para morder y chupar, como aquél del Apocalipsis: "cógelo y cómetelo; te amargarás las entrañas".

Podemos referirnos a **Cien máuseres, ninguna muerte y una sola amapola**, que en 1975 editó la UCV o a **Agosto y otros difuntos**, la selección que publicó en 1972 Monte Avila o a **La parada de Maimós**, también de Monte Avila y de 1968; pero vamos a centrarnos en **El osario de Dios** con ocasión de su anunciada edición por Monte Avila —la edición original de 1969 es casi clandestina— y porque hasta ahora nos parece la cristalización más perfecta de su arte. Esta caracterización puede resultar paradójica pues reconocidamente Armas Alfonso no ha demostrado hasta ahora capacidad para estructurar una novela y precisamente este libro parecería alcanzar el grado extremo de desarticulación. 158 episodios meramente juxtapuestos ¿componen una figura?

Clarines





EL FRAGMENTO COMO FORMA

Y ciertamente una primera característica que llama la atención es la falta de una estructuración en el sentido tradicional: uno o varios sucesos memorables cuyo planteo, desarrollo y resolución formarían la espina dorsal de la obra. Frente a eso aparecen personajes, episodios presentados sucinta, sintéticamente; flashes que brillan un instante ante nuestros ojos y son sustituidos por otros. ¿Qué significa esa sucesión de instantáneas? ¿componen un conjunto?

Una segunda característica es que cada episodio tampoco se desarrolla, tampoco es un pequeño cuento en el sentido tradicional. Dice no más de bruces lo que tiene que decir o divaga como distraído amontonando digresiones y uno lee como quien remueve escombros y de repente descubre el tesoro o presenta a un tipo —algunos rasgos— y al final lo desdice o le pone otra cara o ninguna. Sería como un pintor que rehuye la composición y la perspectiva.

Una tercera característica sería que su escritura aparentemente suprime toda connotación. Sólo, decir la cosa, ponerla ahí. Las escenas parecerían mondas y lirondas, nada de intenciones, causas, efectos, suposiciones y mucho menos consideraciones. Sólo cosas que pasan. Las muertes suceden tan naturalmente como los inviernos, los

aparecidos como las floraciones, los asaltos como el paludismo.

Estas tres características no atomizan sin embargo la narración, no la diluyen. Su efecto sería más bien la transparencia del contenido. El artificio literario pareciera no existir como tal. La palabra no se dice ante todo a sí misma sino que pone al mundo. Uno tiene conciencia de inmediatez con lo relatado. Y por eso pareciera una frivolidad preguntar por la literatura. Como que lo pertinente sería seguir hablando de la región del Unare.

Y sin embargo esta región ya casi no existe. Casi todo lo narrado es difunto. Todo aquel mundo, esa gente, las costumbres, aquel tiempo ya pasó.

Y entonces es cuando nos percatamos del narrador, ese que escuchó, ese pequeño personaje que a veces dice yo, nosotros, mi tía, mi abuelo el oficial de Zamora, la que era nuestra vecina, ese muchacho que enterraba animalitos queridos o que suspendía en matemáticas por estar pensando en cosas. Ese muchachito es el que de mayor ha puesto carne fresca y tendones y ojos vivos y semen y hasta cansancio y dolor a todos esos huesos pelados y viejos; y ese mundo vuelve a vivir ante nosotros creado por su palabra.

Y como el autor es el creador, como su palabra es creadora, por eso da vida libre a sus seres; la palabra no los re-

cubre ni los glosa ni los reproduce ni los desprecia ni los alaba. Da a cada uno la vida que le corresponde según su especie y condición.

Y como viven de la palabra, la palabra no es la particular y privada del autor, es la de la tierra. La que los físicos dicen que nunca muere y que sigue sonando porque cada vibración es distinta y cada voz tiene su onda y también la tiene cada pueblo y cada tiempo. Armas Alfonzo es el que de tanto escuchar las voces de su tierra ya no las distingue de su propia voz. La máxima objetivación de las palabras sólo locales, es también la máxima personalización del autor. Si la persona es la convergencia de las relaciones que entabla.

El momento del proceso —que nos sirve para entrar también nosotros en él— es aquél en que el narrador trata de ajustar su lente o tantea diversas denominaciones para nombrar con absoluta propiedad lo que ve, para dar con la palabra genuina, la que estaba allí esperando, o más frecuentemente aún el momento en que el autor registra los cambios que hubo desde el tiempo de la visión al de la escritura. Y entonces sentimos que la escritura de Armas Alfonzo es remar contra el tiempo movido por un amor que es capaz de ganar la orilla de la muerte para resucitar todo un mundo.

“Del amor y de las rosas/ no han de quedar sino los

nombres” dicen los versos juanramonianos que encabezan la novela. No significa aquí la preferencia de la literatura sobre la vida, pues la letra no es el modo de eludir la temporalidad construyendo el mundo inmaterial del libro. Los nombres son aquí palabra en el tiempo, lábil y perecedora, pero también verbo creador capaz de resucitar el mundo amado con sufrimiento.

LA FORMA DE LA POBREZA

Hemos hablado del desnudamiento como esencialización, como transparencia. La razón de fondo habría que buscarla en lo que es el ambiente de la novela, su determinación fundamental: la penuria vital. No es que sea sin más la lucha desigual del hombre contra una naturaleza prepotente e inhóspita que le asesta golpe tras golpe y le obliga al repliegue constante. Es mucho más aún una vida social descoyuntada, un pacto social precario porque estuvo mal concebido. Hay como en Faulkner, en Rulfo o en Onetti algo así como un pecado original, casi olvidado pero actuante. No existe como en ellos el sentido de culpa, pero sí la carga del sinsentido. Una vida social errátil, extraviada.

Como en ciertos libros de la Biblia, es perceptible ese naturalismo que parece falta de piedad y que brota de una precariedad en que son imposibles los afeites, en que todo



se recarga, se afila, se empoza y descarga brutalmente. En este ambiente nadie pide ni busca una explicación. Nadie espera que las cosas sucedan con algún sentido que habría que descifrar. Todo sucede porque sí, porque le llegó el tiempo o porque a alguien se le ocurrió y lo hizo. Es que de estas vidas casi sin costumbres —la penuria no da para tanto y las repeticiones son apenas de calamidades— no pueden nacer conceptos reguladores ni ideas generales. Sólo la sed y la herida, obsesiones y una dignidad sin cauces.

FE DE VIDA

El intermitente estallido de la guerra sería una de las causas más patentes de esta miseria, pero sobre todo sería la manifestación más terrible de este pacto social insolitario. Pero más que un análisis de las causas del estado endémico de guerra, más que un estudio del proceso de las guerras y de cómo han afectado a los combatientes y a toda la sociedad el propósito de Armas Alfonso es recordar la vida que hubo, aun en medio de esa matazón. Paradójicamente no es una crónica sobre cómo nos hemos matado los venezolanos, no es la macabra celebración del triunfo de la muerte; es por el contrario el recuerdo de aquellas vidas, el rescate de aquellas existencias que nos han parido.

En un ambiente de penuria la vida es magra como la tie-

rra y por eso los hombres se agarran a ella y como no llega para todos se pelean inventando espavientos para morir con dignidad y no como perros hambrientos que disputan una triste presa.

O para uno pelear se apartan por esos montes. O se fabrican quimeras hasta que la violencia queda atrapada en las mallas de la imaginación o es el propio cazador la presa de la trampa que urdió para salvarse.

IMAGINACION Y VIOLENCIA

Se nos habla, pues, de la imaginación, es decir del mundo interior que se crea el hombre no sólo para forjar instrumentos y estrategias para dominar la naturaleza sino para defenderse de sí y de los demás; para, como Ofeo, distraer y amansar a las fieras. La cultura como un conjuro. A veces se plasma en la suave penumbra florida de algunos patios o en la atmósfera inmóvil de algunas piezas sin edad habitadas por criaturas casi impalpables. Abuelas, tías, jóvenes pálidas, baúles, retratos, pájaros, flores y frutas que maduran en los árboles de la casa: tesoros de la infancia. La cultura como conjuro toma también la forma de las visiones fantásticas, de las premoniciones, de las consejas, de los rituales mágicos. El miedo común se echa afuera, se manda al otro mundo y así lo confinan en formas, lu-

gares y tiempos y se defienden solidariamente de él. Y la necesidad de una armonía entre felicidad y bondad, la necesidad más elemental de un descanso lleva a la creación de aquel cielo de Clarines, pobre también y no exento de trabajos, pero donde la vida triunfa por fin y reinan sin disputa las ocupaciones familiares y queridas y las plácidas costumbres. Pero también está la imaginación que ante circunstancias desesperadas sólo como locura puede salvar de la destrucción.

El sexo sería tal vez el espacio más significativo donde tiene lugar la pelea de los hombres para canalizar creadoramente las necesidades perentorias y los deseos que los habitan. Aquí se patentiza la violencia, el espolio, los desencuentros, los extravíos y también la necesidad que a pesar de todo se abre cauces, la naturalidad, el juego, la nobleza. Pero como nota central, la posesión que ni se razona ni se discute y que se defiende con el arma mortal, si se tiene.

CUAL HISTORIA DE VENEZUELA

Al contacto con libros así aparece la vaciedad insulsa de tanta historia oficial en la que todo está claro porque se renuncia al conocimiento; el hilo de la historia fluye sin tropiezo porque no entra ni una vez en el cañamazo de las historias del pueblo; una mirada

exterior, retórica recubre todo como la espuma, sin peso, sin incidencia real.

Esta voz absolutamente interior a sus historias descalifica con su prestancia tanto invento sin entraña, y entonces aparece el desamparo radical de nuestra historia. No hay modo de armonizar estas palabras para que den un acorde. No hay sentido. El discurso se quiebra. Es imposible la lógica, es impostura. Diríamos que la historia de estos años no da para un libro en el sentido tradicional de la historia. Escribirlo así sería meterla en un código en que no cabe. Pero lo paradójico es que al meternos en este mundo como sin sentido tenemos la sensación de que es convincente, de que es así, de que estamos comprendiendo.

Se podrá disertar sutil y concatenadamente sobre el por qué de estas vidas rotas. Será necesario establecer hipótesis sobre la falta de imagen y de secuencia. Pero nada de eso suplirá esta monotonía de los fragmentos despedazados. Más aún, un discurso culto autosuficiente en el que la historia sólo fuera la materia sobre la que se ejercita sería un discurso castrado, incapaz de comprender. El palpito vivo de estos muñones queridos, de este polvo enamorado condenan cualquier discurso que no sea sembrarse en la misma sangre para morir de sed o florecer al fin o como suele suceder morir haciendo camino.